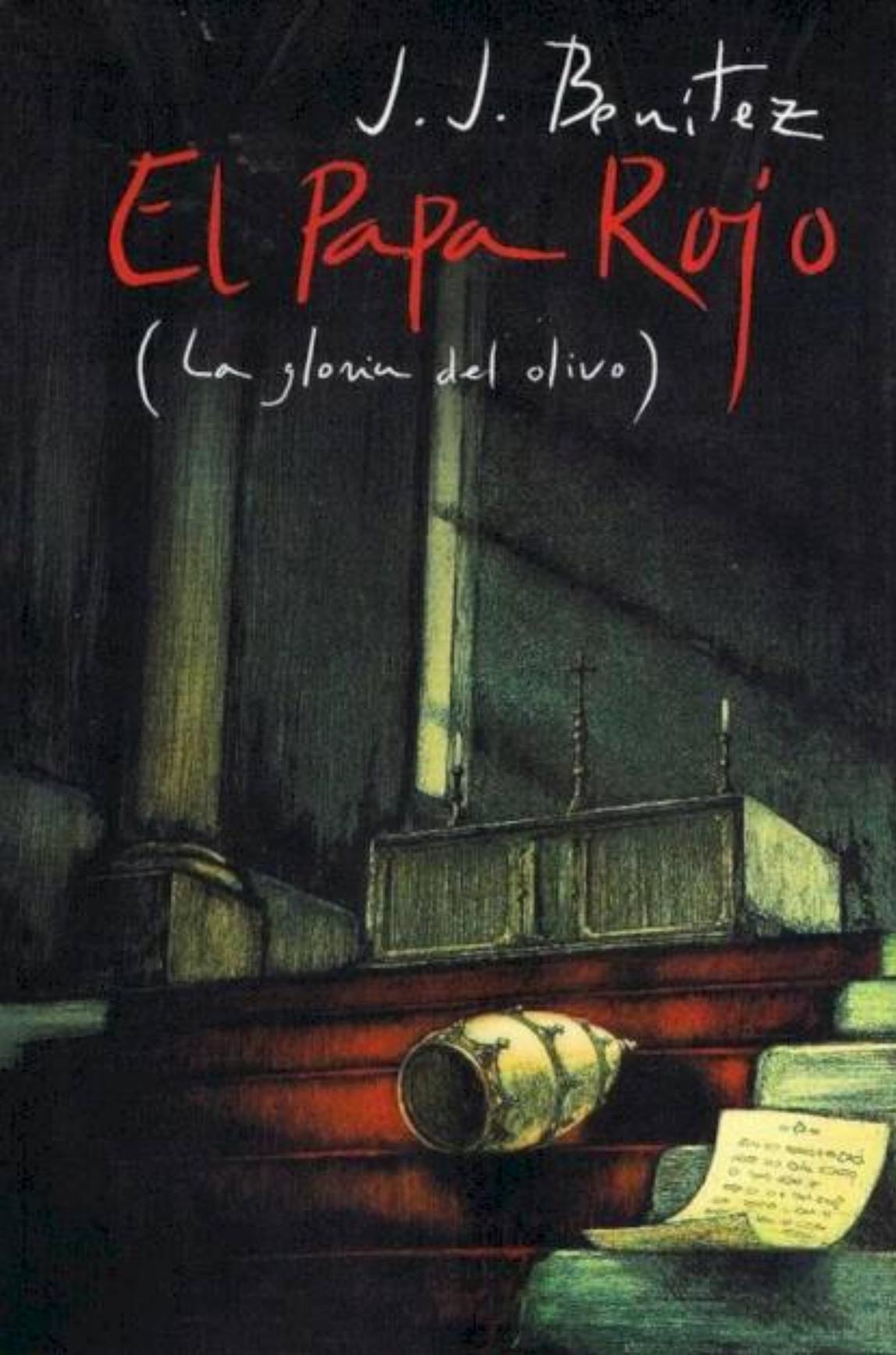


J. J. Benitez

El Papa Rojo

(La gloria del olivo)



Sería un mal servicio al lector. Desvelar el argumento de *El Papa rojo (La gloria del olivo)*, al igual que sucede con los *Caballos de Troya* y *La rebelión de Lucifer*, se nos antoja un sacrilegio. No busque en estas líneas un resumen del libro que —aparentemente por casualidad— ha caído en sus manos. Roma, Coimbra, Brighton, París, Ginebra... son algunos de los escenarios de lo que —a primera vista— solo le parecerá el fruto de una prodigiosa imaginación. Juzgue por sí mismo. Quizá, al final, ya no esté tan seguro. De lo que no hay duda es de que el autor —fiel a su peculiar estilo— llegó a arriesgar su propia integridad física, provocando su detención por la policía de Roma..., «por exigencias del guión». Y una última observación. No se alarme ante el inesperado final de *El Papa rojo (La gloria del olivo)*. J. J. Benítez es así...

Ciudad del Vaticano

04 horas 30 minutos

Aquella era otra de sus costumbres. Un hábito que ni ella misma podía explicar satisfactoriamente. Se sentía segura bajo el dintel de las puertas. Y era así como gustaba ejercer su autoridad. Y como cada madrugada, desde que fuera reclamada para cuidar de los pucheros del Papa, sor Juana de los Ángeles se detuvo en el umbral. Parpadeó inquieta y, al punto, tras un minucioso vuelo de inspección por la desahogada e inmaculada cocina, sus achinados ojos grises se dulcificaron, recuperando la tonificante luminosidad que tanto agradecían sus hermanas de congregación. Todo parecía en orden. A primera vista, todo se hallaba bajo control, al menos en aquellos apartados aposentos del ala este del Palacio Apostólico. Pero la nueva jornada apenas si acababa de despuntar. En una hora —a las 05.30— el viejo, fiel y nacarado despertador de Cracovia alertaría al Santo Padre. El fugaz campanilleo —que jamás había traspasado la frontera de los diez segundos— precedería al casi simultáneo encendido de la mayor parte de las ventanas de aquella tercera planta. Era el comienzo oficial del nuevo día. Media hora más tarde —poco más o menos hacia las seis—, el Papa celebraría su primera audiencia. Sesenta minutos de recogimiento. Sor Juana sabía de la importancia de esta hora con Dios y de su modesta pero vital contribución a que todo en la capilla privada se hallara en armonía y de acuerdo con los severos gustos de su admirado Pontifi-

ce. A las 07 horas se iniciaría la misa. En cuanto a los invitados al posterior desayuno, esa sí era una batalla perdida. A pesar de su machacona y lógica insistencia, Siwiz, el primer secretario particular, continuaba encogiéndose de hombros cada vez que era interrogado por la religiosa. En realidad, tanto sor Juana como el fiel polaco y hombre de confianza del Papa sabían muy bien que esa cuestión era una de las pocas que escapaban al rigorismo doméstico que impregnaba la casa del Pontífice. Todo dependía del humor, de la curiosidad o de los íntimos e inescrutables pensamientos del Santo Padre. Una vez finalizada la misa —a eso de las 07 horas y 45 minutos—, era el propio Papa quien, tras saludar y departir brevemente con la treintena de hombres y mujeres que le había acompañado en el Santo Sacrificio, procedía a seleccionar a los invitados que deberían compartir la colación. Pero esos momentos estaban aún por llegar...

Y sor Juana, desde el umbral, fue a centrar su atención en lo que realmente importaba.

Con la destreza de un malabarista, sin asomo de duda, los rollizos y sonrosados brazos de sor Gabriela seguían danzando incansables sobre las bandejas de madera que se alineaban en la rojiza mesa de pino. Y mentalmente, salpicando la vajilla con rápidos y nerviosos toques de sus dedos, fue pasando revista a los elementos que daban cuerpo al desayuno del Santo Padre y de sus imprevisibles acompañantes: zumo de uva negra, panecillos recién horneados, leche, queso, mermelada y café en abundancia. Y como extra, una pequeña sorpresa: *jablka m cieslie z sokiem*, un pastel de manzana con salsa de frutas. Todo un detalle sugerido y confeccionado por la diligente e imaginativa Gabi, la hermana cocinera. Y fiel al ritual de cada madrugada, sor Gabriela alzó su cara de luna, buscando el refrendo de la madre superiora. Y sor Juana, desde la puerta, asintió con una grave y breve inclinación de cabeza.

Acto seguido, en un gesto mecánico, la cocinera giró sobre los talones, al tiempo que restregaba las manos entre los bajos del azulón e interminable mandil. Y, abriendo una de las alacenas, extrajo media docena de blancos paños de hilo. Y puesto que la colación debería permanecer en la cocina hasta las ocho en punto, las bandejas fueron delicadamente cubiertas.

Y también como parte obligada en tales prolegómenos, dejó hacer a la vivaz e incorregible hermana Fe. Su próximo cincuenta aniversario, lejos de moderar su genio, parecía arrastrarla a una segunda y alocada infancia. Rara era la jornada que no se veía en la necesidad de amonestarla. Pero sor Juana y el resto de las religiosas de la reducida comunidad daban por buenas sus inocentes extravagancias. Algunas, incluso, lo agradecían. En el fondo era una forma sana y discreta de quebrar la rigidez y la tensión que flotaban en las diecinueve estancias de los apartamentos papales.

Y sor Fe, la más joven de las monjas polacas, rescató un centro de flores de uno de los galvanizados fregaderos. Entornó los ojos y, aproximándolo al pálido y afilado rostro, fue a perderse en la fragancia de aquel puñado de rosas blancas y rojas, todavía prietas y prometedoras. E inevitablemente, como cada madrugada, los gruesos lentes resbalaron por la ganchuda nariz, atrapando un par de cristalinas gotas de agua. Y, tras un profundo suspiro, rodeó la mesa de pino, avanzando al encuentro de la casi imperceptible y familiar sonrisa de la superiora.

Pero antes de franquear el paso a la responsable de las flores, la vigilante mirada de sor Juana volvió a escrutar las cuatro palabras escritas con tiza en el pizarrón que colgaba entre dos de los espigados y avejentados aparadores. Y se sintió satisfecha. Aquel menú, discutido y seleccionado con sor Gabriela la noche anterior, haría las delicias del Santo Padre. De primer plato, *kapusniak* (una sopa de col fermentada). De segundo, otra especialidad polaca: *zraz* (un succulento filete en salsa de crema) y *grzyby* (setas hervidas o

quizá a la marinera). La cuarta y última palabra hacía referencia al postre: *mazurek* (torta de frutas). El problema, como casi siempre, lo constituía el número de raciones. Y al igual que sucediera con los desayunos, tan incómoda situación debería esperar. Tratar de conocer de antemano los cubiertos previstos para el almuerzo de Su Santidad era un trabajo al que había renunciado a las pocas semanas de su llegada a Roma. La experiencia, sin embargo, le había ido enseñando que, dadas las reducidas dimensiones del comedor, los comensales difícilmente sumaban más de ocho. Aun así, sor Juana —y en especial la hermana cocinera— no terminaban de acostumbrarse a los angustiosos equilibrios gastronómicos de última hora.

Sor Fe cruzó el umbral. Pero, al tercer paso, extrañada, se detuvo. Los negros hábitos de la superiora seguían recortándose en mitad de la puerta. Y el único símbolo externo de su autoridad —el cada vez más abultado racimo de llaves que colgaba del ceñidor— fue golpeado por la implacable luz de los fluorescentes. La portadora del centro de rosas dudó. La actitud de sor Juana, plantada frente a la cocina y retrasando la obligada gira de inspección por los todavía oscuros y dormidos aposentos, no tenía precedentes. Algo fuera de lo común la retenía. Y sor Fe, sin poder evitarlo, recordó la última reprimenda. La reverenda madre se lo había repetido un sinnúmero de veces. La orden, además, procedía del omnipotente Siwiz: Nada de marcas comerciales en los electrodomésticos. Debían ser anuladas. Pero ella, presa en la agotadora dinámica de la limpieza, del lavado y del planchado, lo había olvidado. Por otra parte, ¿a qué tantas prisas? Desde que saliera del convento del Sagrado Corazón en su amada Cracovia —y de esto hacía ya más de tres años— ni un solo periodista había sido autorizado a penetrar en los dominios de la comunidad. Así y todo, sor Fe reconoció que a la superiora le asistía la razón. Y se hizo el firme propósito de satisfacerla a lo largo de esa misma mañana.

De haber podido contemplar su rostro, sor Fe habría comprendido que el motivo de tan inusual demora no se hallaba en los rótulos del lavavajillas, del abrelatas o del horno, sino en la espigada silueta de sor Eliza. A punto de abandonar la cocina, el fino instinto de la superiora le había hecho reparar en un silencio poco común. Atareada en el manejo del molinillo eléctrico, la siempre cantarina monja permanecía muda y demacrada. A lo largo de aquellos minutos no la había visto alzar los ojos. Pero lo más desconcertante es que, por primera vez en meses, la vieja y querida balada polaca —El montañés—, coreada siempre por las hermanas, parecía desterrada de los labios de la ayudante de la cocinera. Tentada estuvo de hacer una excepción, traspasar el umbral y reunirse con la religiosa. El corazón de sor Eliza, sin duda, se hallaba desbordado por alguna preocupación que, de momento, no acertaba a recordar. Como responsable de tan especialísimo grupo de monjas, estaba al tanto de sus más íntimos problemas. Ella las había seleccionado y redactado los meticulosos informes exigidos por la Secretaría de Estado. Y sabía también que cada uno de los expedientes —secretamente verificados por un enviado especial de la curia al convento de Cracovia— había ido a parar por último a las manos del propio Santo Padre, quien, asesorado por su primer secretario particular, terminó por aceptar la elección. Cada hermana —de acuerdo con las estrictas normas vaticanas— había sido elegida en función de cinco exigencias básicas: edad canónica (es decir, exenta de la menor atracción física), probada espiritualidad, salud de hierro, competencia profesional y, muy especialmente, extremada discreción. De este abanico de requisitos, el único que le obsesionaba era el de la salud. A pesar de su excelente memoria no conseguía recordar un solo día en el que hubieran dormido más de cinco horas. Pero se debían a su admirado Pontífice y al juramento de fidelidad otorgado en presencia del gélido y exigente Siwiz.

Bien. Lo tendría en cuenta. Y se ocuparía de sor Eliza en el momento oportuno. Ahora mandaba su segundo amo: el reloj. Y, dando media vuelta, fue a reunirse con la inquieta hermana Fe. Mientras permaneciera como gobernanta de aquella tercera planta, los sentimientos personales debían ocupar un remoto puesto en el escalafón de prioridades. Ella no era sor Vincenza, ni aquel, su apuesto Papa polaco, un Albino Luciani que admitiera la menor debilidad en sus ayudantes y subordinados...

04 horas 40 minutos

Aquella visita de inspección al comedor privado figuraba en el invariable «orden del día». Y en silencio, con paso decidido, las religiosas salvaron los veinte metros que separan la cocina del refectorio.

Sor Fe, calculadora, optó por no atizar el fuego. Si entre los pensamientos de la superiora anidaba ya una nueva e inminente amonestación, lo más sensato era esperar y resignarse. Sor Juana palpó el manojito de llaves. La escasa iluminación del corredor, pésimamente servida por los ambarinos pilotos alojados en los rodapiés, no restó eficacia a sus rutinarios movimientos. La cerradura giró y la negra y pesada hoja de roble fue empujada con suavidad. Y la mano de la superiora tanteó a su izquierda, rozando con las yemas el fino dorado que empapelaba la estancia. Una vez iluminada, y de acuerdo con su costumbre, permaneció bajo el dintel, absorbiendo en un golpe de vista la totalidad de la cámara. Vigiló los pasos de su compañera y la delicada colocación de la canastilla de rosas en el centro de la gran mesa que justificaba la sala. A continuación, acechante, fue explorando la ubicación de la docena de cuadros, de las nueve sillas, del aparador, del equipo de música, de las cinco pequeñas estatuas de madera, de la alfombra afgana y de sus hipotéticas arrugas. Por último, con singular celo, fue a enfrascarse en el repaso visual de cada centímetro cuadrado del sillón del Papa.

A qué negarlo. Aquella era una de las muchas y admirables cualidades de la madre superiora. Ni sor Fe ni el resto de las hermanas habían logrado averiguar jamás cómo se

las ingeniaba para detectar la más venial de las anomalías... y sin moverse de las dichas puertas.

El caso es que el seco chasquido de los dedos de sor Juana significaba la localización de un fallo. Y sor Fe, como un autómata, siguió la dirección marcada por los ojos de la superiora. Rodeó el nevado mantel de lino y, como un radar, los lentes apuntaron hacia el terciopelo «burdeos» del asiento papal. Allí estaba el pecado. Al inclinarse para depositar las flores, uno de los pétalos se había desgajado, cayendo sobre la augusta silla.

Encendida como una amapola, guardó la blanca hoja y, mecánicamente, evitando el gris-acero de la mirada de sor Juana, tanteó algunos de los levantiscos capullos. Y satisfecha maldibujó una sonrisa exculpatoria. Pero la siguiente orden estaba ya trazada en el impenetrable rostro de la superiora. Y alzando la poderosa mandíbula señaló la ventana.

Segundos después, por la entreabierta doble cristalera, penetró la fresca brisa nocturna de una Roma en reposo. Y sor Fe, de puntillas sobre las negras zapatillas de fieltro, se dejó acariciar por el silencio. Como cada madrugada, la Ciudad Leonina y la vía de Porta Angélica aparecían desiertas. Y estirando el cuello trató de descubrir el pequeño furgón azul que la policía estacionaba regularmente frente a la Puerta de Santa Ana. Pero el peso de los inquisidores ojos de sor Juana sobre su nuca le obligó a desistir.

04 horas 45 minutos

Sor Fe lo sabía. Y también sus hermanas en Cristo. Si la madre superiora se mostraba escrupulosa en todo lo concerniente al orden, la limpieza y la disciplina dentro de los aposentos papales, con la capilla privada sostenía un permanente y enfermizo reto personal. Ninguna de las religiosas, por supuesto, ponía en duda la santa naturaleza del lugar. Todas se hallaban al corriente de las frecuentes y, en ocasiones, dilatadas visitas del Santo Padre al pequeño templo, sabiamente reformado por su antecesor Pablo VI. En varias oportunidades se habían visto sorprendidas, bien a lo largo de la mañana, mientras se afanaban en la limpieza de suelos y paredes; bien al atardecer, durante los rezos comunitarios, por la súbita irrupción del Pontífice, quien, sin mediar palabra, se hincaba de rodillas en el solitario reclinatorio central. Y hay quien asegura haberle visto, a altas horas de la noche, de bruces sobre la verde alfombra persa, orando al estilo oriental. Y comprendían y aceptaban que sor Juana extremase su celo hasta el punto de cambiar diariamente los sagrados manteles y la ofrenda floral que alegraba el extremo derecho del tabernáculo. Pero aquella obsesión por abrillantar cada madrugada el pequeño esmalte con el rostro de la Virgen de Czestocowa, alojado a dos metros del suelo y a la derecha del gran Cristo de madera que pende sobre el altar, sinceramente, no era normal. ¿Y qué podían hacer? En las sofocantes sesiones de plancha lo habían discutido a media voz. Casi clandestinamente. Todas se mostraban conformes: alguien debería hablar con la superiora. Aquella absurda manía de repasar diaria-

mente el icono de la Virgen negra venía a robarles, al menos, media hora de sueño, Pero ¿cómo plantearle tan justo descontento?

Era matemático. A la misma hora y en el mismo lugar, al doblar la esquina y avanzar por el corredor que se abre paso entre las habitaciones del sector sur, sor Fe se veía asaltada por estos, quizá, poco caritativos pensamientos. Y también era cierto que tan incómodas reflexiones no florecían más allá de veinte o treinta segundos. Es decir, durante el tiempo consumido en el breve trayecto entre el refectorio y la capilla.

Y sor Juana, obsesiva, consultó de nuevo la fosforescencia de su reloj de pulsera. Estaban en el límite. Sí actuaban con diligencia, y contando, obviamente, con la benevolencia divina, una vez consumadas las postreras incursiones a los salones y al gabinete privado, quizá pudieran arañar unos minutos. Lo suficiente para plegar los delantales, cepillar los hábitos, vigilar las tocas y reponer una gota de esencia de espliego tras las orejas. Aunque el servicio del desayuno obligaba a la reverenda madre a retirarse poco antes de la bendición final, por nada de este mundo hubiera renunciado a la diaria y secreta vanagloria de rezar, cantar y comulgar junto al Santo Padre. La misa de siete, al menos para ella, era mucho más que un sagrado acto de comunicación con Dios. Allí, entre la treintena de invitados que difícilmente se repetía, a cinco metros del sillón y reclinatorio papales, sor Juana se transfiguraba. Aquellos cuarenta copiosos minutos, en los que sus ojos y corazón se llenaban con la gallarda y segura figura de Su Santidad, compensaban con creces el claroscuro de su permanente servidumbre. Y desde su discreto pero excelente puesto de guardia —siempre en el umbral—, desplegaba, además, la red de su insobornable mirada, reteniendo y procesando hasta el más mínimo detalle. Nada burlaba su singular y temida habilidad. El pulcro planchado de la blanca sotana de seda del Pontífice, la plateada blancura del solideo, la milimétri-

ca exactitud en el tamaño de las velas o el azul cristalino de las vidrieras, entre la constelación de formas, luces, silencios y ademanes que solo ella percibía, eran chequeados sin interrupción, al tiempo que su audaz voz se emparejaba en los cánticos con la del celebrante. Pero todo esto formaba parte de la última e inexpugnable ciudadela de su alma.

Y sor Fe, fiel a las ordenanzas, aguardó a que la superiora hiciera girar la cerradura que liberaba la doble puerta. Y como cada madrugada, aguzó el oído, esperando reconocer los lejanos, intermitentes e inconfundibles ronquidos del padre Siwiz. Aquel estratégico dormitorio —al fondo del pasillo— constituía un irritante enigma para su indomable curiosidad. En especial, desde aquella mañana en que, en compañía de sor Eliza, mientras trasteaban en el aseo y ventilación de la modesta cámara, fue a descubrir entre las sábanas unos aparatosos goterones de sangre. ¿Es que el primer secretario dormía con cilicio? La verdad es que de aquel hombre de cuarenta y siete años, permanentemente despeinado, siempre esquivo y cuyas manos le recordaban el pedernal, podía esperar cualquier cosa. Sinceramente, no le gustaba. Y no era la única en experimentar aquel rechazo casi natural. Sus casi treinta años de servicio, confidencias y lealtad al que hoy portaba el sello del Pescador, le habían convertido en un desagradable y, a veces, odiado filtro que no respetaba cargos, sentimientos ni prioridades. Su voz atiplada no admitía reparos ni segundas consideraciones. Su dudosa humanidad iba siempre por delante, tallada en hielo en unos ojos grotescamente redondos y desproporcionados que muy pocos habían visto pestañear. Nadie sabe si por iniciativa propia o por encargo, su raída sotana, sus chirriantes zapatones y la caja de huesos que Dios le había dado por soporte físico eran frecuentemente sorprendidos en los rincones más insospechados y a las horas más intempestivas. En plena noche se le veía deambular y esconderse entre la columnata de Bernini, quién sabe si espiando a las patrullas de vigilancia. Y otro tanto ocurría en

los muy nobles despachos de la Secretaría de Estado y en la planta superior, en los dominios de sor Juana. Al filo de las cuatro, recién levantadas, las religiosas habían reparado más de una vez en una siniestra y escurridiza sombra que escapaba de la cocina o que se deslizaba por los corredores, desapareciendo hábil y veloz por cualquiera de las treinta y ocho puertas de los apartamentos papales, antes de que pudieran llegar a ella. En varias oportunidades, la pareja de seguridad que monta guardia en el segundo piso, cubriendo las escaleras y el ascensor privado del Papa, había tenido que padecer los improperios y amenazas de Siwiz, al ser descubierta por el sibilino polaco en uno de los esporádicos sueñecitos que, hasta cierto punto, eran normales en las apacibles y aburridas noches del Palacio Apostólico. Los veinticinco italianos que velan por la integridad física del Pontífice y que se turnan las veinticuatro horas en la custodia de dicha segunda planta, de los accesos a la tercera y, en fin, de la totalidad de los movimientos del Santo Padre —a excepción de los mencionados aposentos privados, en los que no pueden irrumpir salvo casos muy graves y específicos—, no acertaban a comprender la hiriente desconfianza del caja de huesos. A petición del propio Papa, el general Chiesa, jefe de la lucha antiterrorista en Italia, los había reclutado de entre los mejores, formando un cuerpo de elite: el S.S.S.S. o Servicio Secreto de Su Santidad. Hablaban varios idiomas. Muchos de ellos eran licenciados por las más prestigiosas universidades europeas y norteamericanas. Como tiradores selectos, podían alcanzar un blanco con los ojos vendados y guiándose por el crujido de los zapatos. A pesar de sus impecables modales y de la esmerada apariencia de sus ternos azules, hubieran inmovilizado a un sospechoso en cinco segundos o detectado un arma bajo la ropa por el simple estudio de las arrugas.

Definitivamente, sor Fe no comprendía por qué muchas de las decisiones del vicario de Cristo en la tierra se veían

tamizadas por un individuo que rehuía el diálogo, que jamás sostenía la mirada de su interlocutor y a quien, para colmo, le sudaban las manos. Pero el Santo Padre le llamaba hijo...

Y sor Juana, disfrutando del cotidiano ritual, empujó la doble puerta con las puntas de sus diez dedos. Y ante la resignada quietud de sor Fe dejó que los solemnes labrados en bronce de Manfrini se abrieran de par en par.